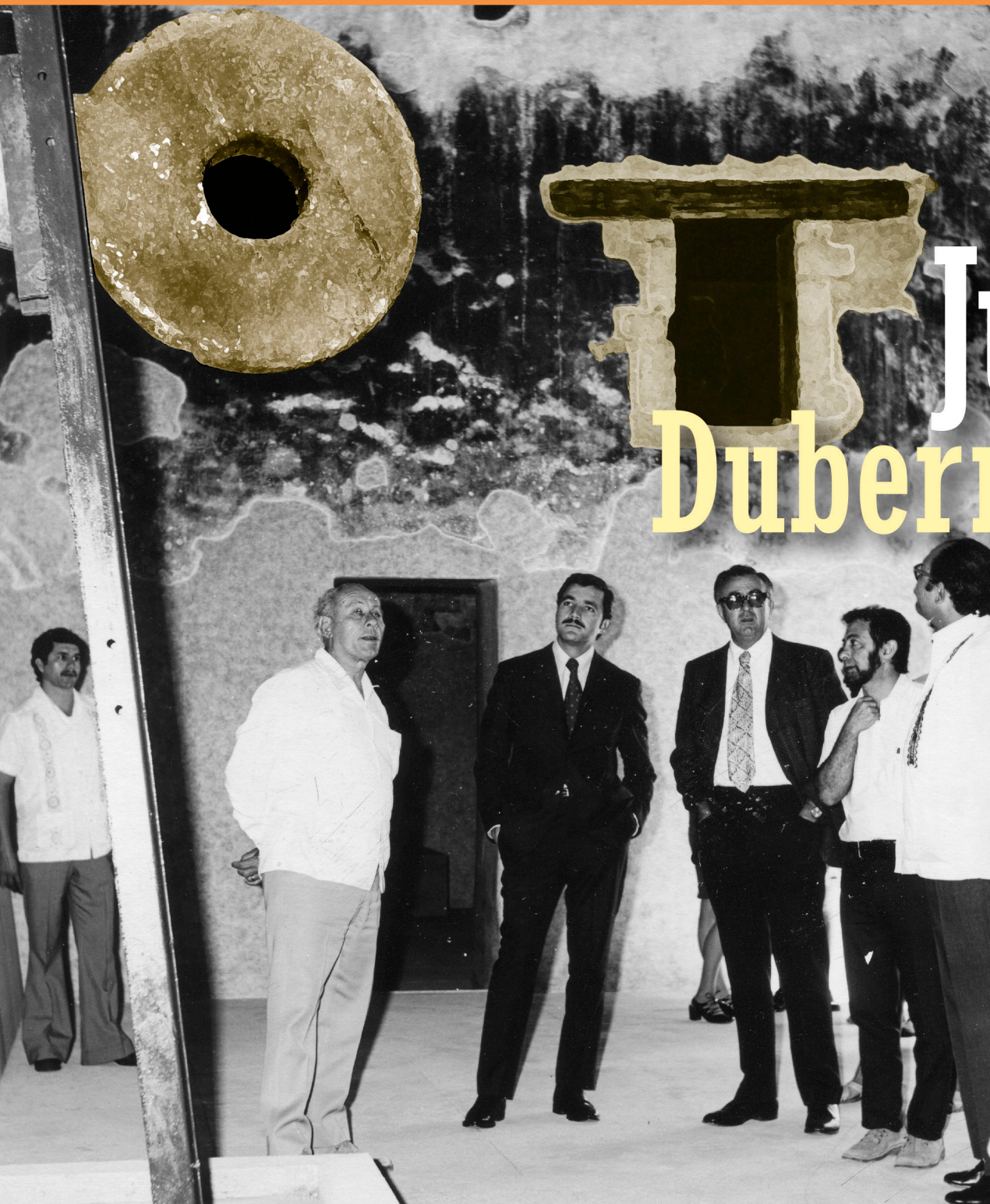


Viernes 10 de julio, 2020



Juan Dubernard

**Precursor
del patrimonio
cultural en
Morelos**

Alejandro
Becerra
Dubernard

Como sucede en diversas partes del mundo, en México, pensar en la memoria hoy en día es un tema sustancial porque permite que un sin fin de acercamientos y rescates al pasado, por ejemplo, que aventureros se adentren a regiones con vestigios arqueológicos, capillas y conventos religiosos. Así como también, esas mismas expediciones posibiliten un enlace con la población cuando se recaban testimonios. La memoria es, entonces, la capacidad que tiene el ser humano para volver atrás y para valorar, en un caso práctico, para rescatar del polvo y la humedad informes, documentos, mapas, para arrebatárselos de las manos a los saqueadores piezas de alguna cultura antigua que, por derecho universal, le pertenecen a la humanidad porque son vestigios de nuestra propia historia.

En Morelos, por fortuna, hubo uno de aquellos aventureros que salvaguardan la cultura y sus objetos. Juan Dubernard fue un aficionado a la arqueología, documentos y piezas eclesiásticas desde niño. Este interés creció junto con él, indagó de norte a sur el estado de Morelos preocupado por la preservación del patrimonio arqueológico, antropológico e histórico en toda su amplitud. Debido a esto, formó una amplia colección a lo largo de más de cuarenta años. A la par, divulgó sus conocimientos a través de sus obras escritas. Su labor hombro con hombro con el INAH en pro del rescate del patrimonio histórico y cultural en las regiones de Morelos.

Dubernard fue parte fundamental para la creación del nuevo museo regional Cuauhnáhuac que se inauguró el día 1 de febrero de 1974 en el vetusto Palacio de Cortés, donde ahora reside parte de su legado para los morelenses:

(..) El museo Cuauhnáhuac no se hubiera podido realizar si la misma sociedad no hubiese contado con los miembros que desinteresadamente proporcionaron sus colecciones para esta finalidad, entre quienes se encuentran principalmente el Ing. Juan Dubernard, el Dr. Milton A. Leof, el Prof. Donald C. Cordry, el Prof. E. Pineda, al Sr. Muriel Wolgin, el obispo Don Sergio Méndez Arceo y otras



Juan Dubernard, 1992, Chimalacatlán, Tlaquiltenango, Morelos.
Nota: En este día Dubernard sufre un infarto.

personas más que donaron y prestaron varios objetos para su estudio y exhibición. (Jorge Angulo, 1979)

En este número el lector encontrará anécdotas que su familia nos comparte. A partir de dichos registros, tenemos acceso a una mirada intrínseca a la figura de Dubernard, es decir, desde las entrañas podemos observar a un personaje que forjó una parte de nuestra historia al salvaguardar y heredar su mayor pasión en la vida: el patrimonio cultural de More

Erick Alvarado Tenorio

Juan Dubernard

Alejandro Becerra Dubernard

Los que tuvimos la fortuna de contar con un buen abuelo solemos decir ¡Mi abuelo es o fue el mejor abuelo del mundo! Yo no sé si el mío lo fue, pero lo que sí puedo asegurar es que, a partir de él, se acuñó el premio al MEJOR ABUELO DEL MUNDO, en sentido figurado.

A mi Tatá y a mi Yayi.

Cuernavaca, Morelos, un jueves cualquiera.

—Güe, hay una plática chingona sobre códices en el Auditorio Juan Dubernard.

—¿Dónde?

—En el Palacio de Cortés

—Vamos!

—Pero primero vamos por una hamburguesa al Carls

—¿A cuál?

—Pues al de Plan de Ayala, nos vamos caminando y de allí tomamos un taxi.

Tiempo después

—Güe ¿Y si mejor nos vamos en Uber?

Ya se nos está haciendo tarde.

—Va, déjame lo pido, mira, qué curioso, esta calle también se llama Juan Dubernard.

Ya en el Palacio de Cortés.

—Güe ¡Ve qué fregona foto!

—Sí ¡Qué chingona! ¿Dónde es? ¿A ver? ¡Ah, es Chalcatzingo!

—Güe, esa foto nos sirve ¿En qué acervo estará?

—¿A ver? Está en la fototeca Juan Dubernard

—Mmm ¿Quién es ese Juan Dubernard?

Jean Alexis Dubernard Chauveau, conocido como Juan Dubernard fue mi abuelo —al único que conocí—. Mi abuelo paterno murió muchos

años antes de yo naciera, por lo que no figura en mi imaginario. Al escuchar la palabra abuelo llega inmediatamente la imagen de Juan Dubernard. A partir de este momento me referiré a él como Tatá, sobrenombre de cariño con el que lo bautizó Nadine, mi hermana más grande y con el que nos referíamos a él todos sus nietos.

Su recuerdo sigue vivo después de veintiocho años de haber partido, me emociona y me conmueve saber el impacto positivo que tuvo en algunas personas. Algo hizo muy bien el “cochino Tatá”. Apelativo que se ganó a pulso, ya que era divertido y muy bromista, pero cuando esas bromas no nos caían bien, le decíamos, mercedamente y en tono cariñoso, “cochino Tatá”.

Me pidieron escribir sobre mi abuelo desde lo íntimo de la familia, soy una pequeña voz de su descendencia, con mayor o menor cantidad de recuerdos, ya que sólo soy un nieto, no el más grande. Tenía dieciséis años cuando murió, él tenía sesenta y ocho. Todos en la familia coincidimos que se fue muy joven, lleno de ideas y de ganas de hacer un poco más, siempre un poco más.

Juan Dubernard, para quien no lo conoció, fue un filántropo morelense, por adopción, impulsó acciones por el bienestar de las personas y por el rescate de la herencia cultural del estado de Morelos. Por eso su nombre acompaña a dos calles una en Cuernavaca y otra en Jiutepec, a un auditorio, a una fototeca y, por último, una pequeña biblioteca en la colonia Teopanzolco. En donde, por cierto, cada 24 de junio, día de San Juan, lo recuerdan a partir de una sencilla ceremonia en la inmediación de la cruz atrial que se ubica en la calle con su nombre.

Juan Dubernard de pequeño, ca. 1925. Coyoacán, Ciudad de México.





Boda Familiar, ca. 1935, Coyoacán, Ciudad de México.
En primer plano de lado izquierdo, Juan Dubernard, de lado derecho, Jorge Dubernard, alias "Rosca"

Nació el 23 de septiembre de 1923, en el pueblo de Coyoacán, hoy, Ciudad de México, de ascendencia, claramente, francesa. Su madre se llamó Hèlène Chauveau Barrie y su padre Adrien Dubernard Genin, héroe de la Primera Guerra Mundial, quien luchó por Francia. Mis bisabuelos tuvieron siete hijos, dos mujeres, Marthe y Marie Hèlène y cinco hombres, Eugene, Leon, Philippe, Jean y Adrien. Mi abuelo no compartió con sus hermanos y con sus padres toda su infancia, ya que un tiempo vivió en casa de su tía Matilde (hermana de su mamá) y de su tío Alexis (hermano de su papá); es decir, dos hermanas Chauveau se casaron con dos hermanos Dubernard. La tía Matilde a raíz de un aborto de su primer embarazo sufrió una embolia que la dejó parálitica y con la imposibilidad de tener hijos, y en un acto increíblemente amoroso de sororidad y fraternidad, mis bisabuelos les prestaron a uno de sus hijos para que pudieran experimentar la maternidad y la paternidad.

Considero que el haber vivido con una persona con discapacidad lo hizo ser sensible al sufrimiento y a las necesidades del otro, algo que marcaría su personalidad para siempre. Se convirtió en un hombre altruista que veló y procuró el bienestar de todos aquellos que lo rodeaban.

Su pasión por explorar, investigar y coleccionar la vivió desde muy niño, alrededor de los siete u ocho años. Él, su primo "la rosca" y dos amigos, Quique y Zamacona (amigos que le du-



Boda de Juan Dubernard y Ellen Smith Deltráz, sábado 2 de junio, 1945, Coyoacán, Ciudad de México.

raron toda la vida), se iban solos de Coyoacán al Pedregal a recoger piedras e ídolos, hoy sabemos que pertenecen a la cultura de Cuicuilco, pero en ese entonces quién lo iba a saber. Era toda una aventura para ellos que bien valían las múltiples regañinas y castigos cada vez que lo hacían. Desde ese entonces su interés, su rebeldía con causa y su inmensa curiosidad por la historia y por querer saber y hacer más.

Dominaba a la perfección el español, el francés y el inglés y fue tanto su interés en la etnohistoria de Cuernavaca que aprendió el náhuatl, en realidad no sé si lo llegó a dominar, pero fui testigo de sus clases y del tiempo que le dedicó a la traducción de códices novohispanos escritos en esa lengua para la publicación de uno de sus libros.

Estudió ingeniería textil en el Instituto Politécnico Nacional. A los veintiún años, ya como ingeniero, se casó con Ellen Smith Deltráz, también de veintiuno, juntos formaron una pareja que se complementó de manera muy profunda, mi abuela lo acompañó en cada reto, aventura, locura, capricho, sueño, viaje, dolor, accidente, pérdida o logro que se les presentó durante cuarenta y siete años. Se amaron tanto, que ella decidió acompañarlo en su último viaje, "juntos hasta el final aunque la muerte nos separe".

Mi Tatá tuvo diferentes intereses, uno de los que me parece más interesante, fue el re-

construir autos antiguos o “carchas” —como les llamábamos—. Fue considerable también esa colección con la que desfilábamos, no recuerdo bien en qué fecha, por algunas de las calles de la ciudad. Nos sentíamos soñados.

En Cuernavaca, Juan Dubernard siempre estaba ocupado, ya fuera por la lectura, la escritura o por las conversaciones telefónicas acerca de diferentes proyectos: de investigación, de rescate o de promoción del patrimonio morelense. Aunado, atendía cuestiones familiares y de casa, siempre pendiente de todos.

Cuando llegaba el día de nuestros cumpleaños, la primera llamada que recibíamos era la de mi Yayi y la de mi Tatá, ya sea que estuvieran en Cuernavaca o en Brownsville, Texas, en donde tenían una casita preciosa dentro de un condominio horizontal a la orilla de una resaca de mar. En esta casa pasaban largas temporadas, no recuerdo con qué frecuencia lo hacían, pero allí redactó muchos de sus libros, que en total fueron cuatro publicados: *María de Estrada. La heroína de la Conquista*,

Apuntes sobre Tepoztlán, Códices de Cuernavaca y unos títulos de sus pueblos, La Hacienda de Santa Ana Amanalco y uno que quedó inconcluso.

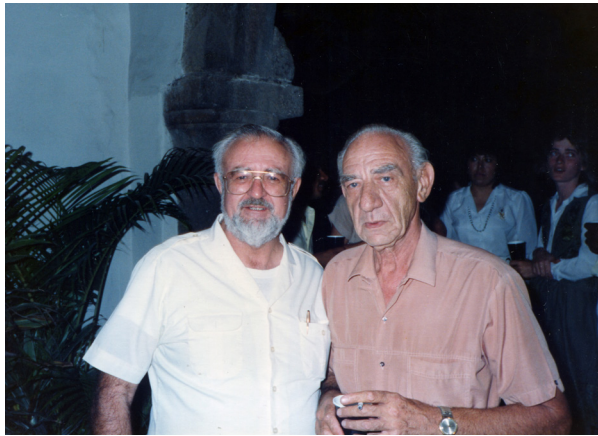
Confieso que como nieto me sentía muy orgulloso de sus libros, pero no los había leído. Ya pasados muchos años después de su muerte, decidí acercarme a su trabajo como autor, me sorprendí al saber que sus libros eran etnohistóricos y no solo históricos como lo había pensado ¡Fue todo un descubrimiento!

Conocía perfectamente su otro trabajo, el haber dirigido una de las empresas textiles más exitosas, no solo de Morelos, sino de México, y la cual le permitió una solvencia económica que lo llevaría a cumplir con muchas de sus metas, gustos y sueños

Era un abuelo muy consentidor, juguetón, y como ya lo dije, bromista y amante del chocolate y de los animales. Odiaba el ajo y la cebolla y hacía sendos berrinches cuando la comida le sabía a alguno de estos dos ingredientes.



Familia Dubernard Smith en el circo, ca. 1955, Cuernavaca, Morelos, México. Nota: Al frente Nadine y Juan, atrás, Ellen y Juan con Christian en brazos.



Primos hermanos y amigos de toda la vida, ca. 1991, Cuernavaca, Morelos, México. Nota: evento en el Palacio de Cortés

Fue un hombre muy trabajador que manejó niveles de estrés importantes que tuvieron mella en su salud, sufrió un infarto cuando era relativamente joven y también se le molió el pie —sí, se le molió— en una cardadora mecánica de algodón y hubo que reconstruírselo, paso más de un año en cama, y aun así, tenía una fuerza de roble, pocos caminaban tan rápido como él, y no era de los que esperaba, había que seguirle el paso.

Me gustaba ir a su casa todos los domingos o cualquier día entre semana porque nos dejaba —lo mismo que mi abuela— hacer lo que en mi casa no se podía, por ejemplo, tomar Coca-Cola. Esas visitas se complementaban, además del gusto por verlos, con la inmensa curiosidad que me generaba su biblioteca, su oficina y su increíble ropero (donde guardaba sus recuerdos más preciados —no sus tesoros—, sus recuerdos). Me fascinaba esa incontable cantidad de libros y objetos, podía verlos de cerca y tocarlos.

En alguna ocasión, estoy seguro que reconoció algo de él en mí. Fue en un verano, tenía entre diez y once años, en la década de los ochenta, me escabullí a escondidas, por casi dos meses, a la casa vecina, que funcionaba como su bodega, para intentar abrir un arcón (hoy sé que era Virreinal) con un candado muy grande, pesado y antiguo. Un buen día, casi al concluir las vacaciones, logré abrirlo, en su interior encontré bolsas con monedas antiguas, que no valían nada, pero antes de saberlo, yo creía haber

encontrado el tesoro perdido de Moctezuma. Era mi secreto que no compartiría con nadie, era rico y nadie lo sabría. Pero el candado ya no cerró y al poco tiempo mi fechoría fue descubierta. Mi Tatá lejos de enojarse, me regaló el arcón con todo lo que contenía. Era yo inmensamente feliz y rico. Vaya timo que me llevé cuando inocentemente quise vivir de mis monedas. Recuerdo todavía mi desilusión y sus carcajadas. En estos casos era cuando se aplicaba el “cochino Tatá”.

Yo no recuerdo mucho sobre su espectacular casa ubicada en la calle de Chilpancingo en la colonia Vista Hermosa, sin embargo, sé que fue un fiel reflejo de su personalidad, grande, generosa, refinada y espléndida, en la que se vivió, se gozó y se lloró la vida. Sus colecciones de arte virreinal y de objetos prehispánicos lo acompañaban en cada rincón de la casa, hubo espacios que se diseñaron y construyeron para lucirlas.

Mi madre hasta la fecha le tiene cierta aversión a los museos, debido a que era tanta la fascinación de mi abuelo por lo antiguo y por la historia, que se pasaban todo el día en ellos, tanto, que se le olvidaba que los niños debían de comer.

Todos sus hijos (Nadine, Juan, Christian y Carolina) y sus nietos (Nadine, Cristina, Alejandro, Aline, Jean, Cecilia e Iker) aprendimos a convivir con sus antigüedades. Cuenta mi madre que a su hermano Chris, cuando niño, le asustaba el busto de Doña Juana de Zúñiga, esposa



De izquierda a derecha, Carolina, Juan, Ellen y Nadine Dubernard en el bautizo de Cecilia Aguirre Dubernard, Cuernavaca, Morelos, México, 1984.



¡Mordida! ¡Mordida!, 1983.
Cuernavaca, Morelos, México.
Nota: Festejo de sus 60 años.

de Hernán Cortés, que estaba colocado junto al televisor, es decir, integrado a la vida cotidiana de la familia, entonces, para no verlo, lo volteaba y lo cubría con una toalla. Desde hace muchos años Juana puede estar tranquila, ya nadie la va a voltear y a cubrir, pues se encuentra expuesta en el Museo Regional Cuauhnáhuac, Palacio de Cortés. Si lees este artículo, cuando reinauguren el museo, busca el busto de Doña Juana y recuerda esta anécdota.

Mi abuelo integraba la historia a su vida. No era un coleccionista ambicioso, coleccionaba y exhibía aquello que le gustaba. No tuve la oportunidad de preguntarle qué era lo que más le gustaba —de lo que hoy a mí me encanta— de la cultura y la historia. Como ya lo mencioné, cuando él falleció yo tenía dieciséis años y mis intereses todavía no estaban muy definidos. Estoy seguro que si yo hubiera sabido a qué me iba a dedicar profesionalmente, habría puesto mucha más atención de la que puse a sus divertidas pláticas, llenas de datos y experiencias, algunas de ellas, casi inverosímiles.

Recuerdo un maravilloso viaje al puerto de Veracruz en coche que hicimos mis dos hermanas y yo junto con mi Tatá y mi Yayi. En este viaje tuvimos la oportunidad de saber un poco más de su historia como pareja. Recién casado y egresado de la carrera, mi abuelo consiguió trabajo en alguna fábrica textil de Río Blanco, Veracruz. Así de jovencitos se fueron a vivir a Orizaba. La fá-

brica no respetó algunas de las condiciones contractuales, por lo que al enterarse que en Cuernavaca instalarían una fábrica de textiles, aplicó para una vacante, se la dieron, hicieron sus maletas y se mudaron para siempre a la Ciudad de la Eterna Primavera. Así fue como llegaron mis abuelos a Morelos.

El viaje que hicimos a Veracruz no lo hicimos de un “jalón”, ya que paramos una noche en Puebla. Durante el trayecto nos señaló y nos platicó de cuanta hacienda, montículo —aseguraba que eran basamentos piramidales prehispánicos—, pueblo, leyenda o historia que conocía o se sabía ¡Y vaya que se sabía muchas!

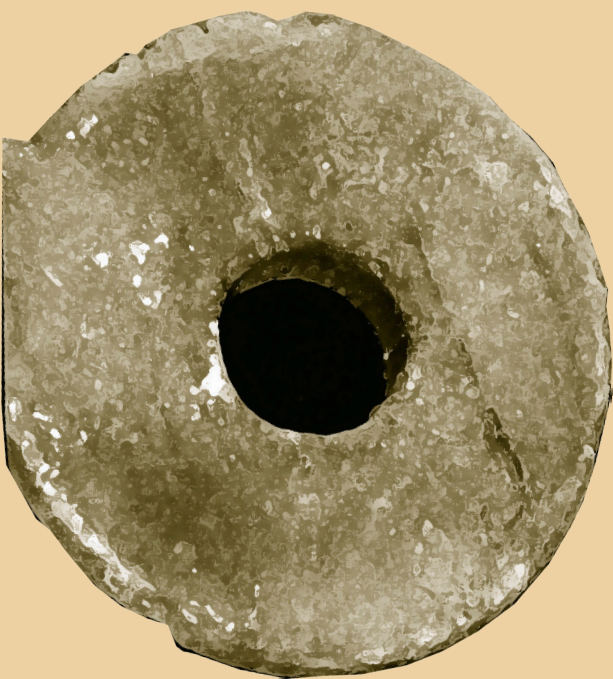
Siempre quiso encontrar un tesoro, cada casa que compró la excavó. Le gustaba rescatar y devolverles su belleza, tanto a los inmuebles como a los objetos antiguos. Este gusto lo llevó a rescatar las obras de arte sacro que se encontraban en los sótanos de la Catedral de Cuernavaca por medio de un proyecto pionero que evolucionaría a lo que en la actualidad conocemos como “Adopta una obra de Arte”.



Pude comprobar verdaderamente su altruismo el día de su velorio ¡Qué impresionante número de asistentes! ¡Fue apabullante! Hubo una imagen que sucedió en algún momento del velorio que para mí fue muy significativa, porque me mostró el impacto que tuvo mi abuelo a nivel social. Junto al gran y costoso arreglo de flores enviado por el gobernador en turno, había una sola flor, una margarita, colocada por una mujer humilde, ya entrada en años, quien llegó con la flor en la mano, visiblemente afectada y acongojada, rezó, se persignó, la colocó y con ojos llorosos salió. Nunca supe quién fue, o si alguien más la vio, pero esa imagen le dio sentido a mucho de lo que se decía de mi Tatá.

Hoy considero que mi abuelo, mi Tatá, Juan Dubernard, reconoció lo valioso de la herencia cultural de Morelos, impulsó proyectos de excavación, rescate, restauración y divulgación de nuestro patrimonio. Fue un arqueólogo, historiador y etnohistoriador aficionado que nos legó a todos los morelenses, no solo sus colecciones y sus libros, sino su amor por esta tierra y por las personas, siempre, primero las personas. Una gran lección de mis queridísimos Tatá y Yayi. Unidos eternamente a nuestros corazones.

Editor de este número:
Erick Alvarado Tenorio



SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl González Quezada

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad
de sus autores.*

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Paola Ascencio Zepeda

Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico

**Centro de Información
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:

difusion.mor@inah.gob.mx

Crédito foto portada:

Recorrido por las salas del nuevo Museo Regional Cuauhnáhuac en el antiguo Palacio de Cortés. De Izquierda a derecha: Gobernador del estado de Morelos Felipe Rivera Crespo, David Jiménez González, presidente municipal de Cuernavaca, Ing. Juan Dubernard Chauveau, Jorge Angulo Villaseñor y el Dr. Carlos Bonfil Batalla.



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Centro INAH Morelos
Matamoros 14, Acapantzingo,
Cuernavaca, Morelos.